

Octubre 7, 1962.

Querido amigo:

Mucho lo hemos recordado en el último tiempo con motivo del desastre de Barcelona. Esperamos, por cierto, que nada grave le haya ocurrido a sus parientes y amigos. Pero, de todos modos, la desgracia de nuestra ciudad, aunque sólo fuera en su integridad física, nos afecta, me parece, casi como una mutilación de nuestro cuerpo. Y es que, tal vez, el cuerpo espiritual que nos acompaña, que vamos constituyendo al vivir y que habría de resucitar algún día, no esté constituido tanto por lo que los demás ven como nuestra presencia corporal, por lo que el médico examina, por lo que descubre la autopsia y se corrompe en la sepultura, sino que, referido a nuestra conciencia, venga a ser el organismo que forman en nosotros y para nosotros todas aquellas posiciones del espacio en las que nuestros sentimientos quedan comprometidos, con las que nos identificamos, que consideramos, en suma, nuestras. De este modo, nos afecta un cambio de casa, la pérdida de una propiedad familiar, la destrucción de una calle o el derribamiento de un árbol, más por cierto que algunas operaciones quirúrgicas, que nos parecen hechos ocurridos allá lejos, sin una verdadera relación con nuestra vida. Pero veo que, cediendo a una mala tentación, estoy ya teorizando y explicando, en vez de decirle escueta y simplemente aquello por lo cual le escribo: que hemos pensado en Vd., con amistad, con afecto, que nos hemos sentido solidarios de Vd., al leer en los periódicos las noticias de las inundaciones de Barcelona.

Y ya que he logrado refrenar mi impulso a deslizarme hacia consideraciones de orden teórico, aprovecharé para decirle de inmediato algo que a todos nos importa mucho: deseáramos que Jaime nos visitara durante las próximas vacaciones de Navidad. Los niños están entusiasmados ante la perspectiva que abre este proyecto. Comprendo que Vds. querrán seguramente pasar con él el día de la Navidad. Pero después le quedarán, supongo, unos quince días de vacaciones, y estaríamos felices de que los pasara con nosotros. Dado que en Bryn Mawr debe de hacer en esa época un frío detestable, le habrá bien, y le gustará tal vez, interrumpir el invierno con unos días de sol tropical. Le ruego consultar a Renée y al niño (¡al joven, perdón!) sobre esta posibilidad, y si no surge un inconveniente, procurar que se realice. Bastaría indicarnos el día que llega y el número del vuelo.

Me gustaría también reanudar nuestra correspondencia filosófica. Pero estoy a la espera de su libro que me dará, creo, una oportunidad de volver a crear un contacto o una comparación entre su pensamiento y el mío. ¿Apareció ya? Me habría gustado también tener algún comentario suyo –ya sabe Vd. que no busco alabanzas, sino más bien disputas- relativo a mis fragmentos apócrifos del Fedón. Si se siente con ánimo, no vacile en darme a conocer sus reacciones, favorables o desfavorables.

Le agradecería también mucho que me comunicara si podría Vd. venir a dar unas tres conferencias para el Departamento de Filosofía durante el próximo semestre. Si le es posible, yo hablaría con el Decano para que se le enviara una invitación oficial. Sería una buena oportunidad, no sólo para escucharlo, sino para charlar con Vd. y con Renée, que espero pudiera acompañarlo.

Espero prontas noticias tuyas. Con afectuosos recuerdos de Marta y míos para Renée y Jaime, lo abraza su amigo

[Signatura]

Si Vd. prefiriera venir en este semestre, por ejemplo, en noviembre, creo que sería posible arreglar las cosas, siempre que Vd. me avisara pronto. Las clases terminan aquí en la primera semana de diciembre y sólo se reanudan el 15 de enero.